

DE BUENAS  
LETRAS

# Medio siglo en ‘Las Titas’

RAFAEL GUILLÉN

**Q**ué duda cabe de que el título “El año pasado en Marienbad’ tiene más empaque, es más eufónico y, por supuesto, más aristocrático que el que figura al frente de estas líneas. Pero ni yo soy Alain Resnais, ni esta bella zona de Granada es Marienbad. Ni falta que le hace. El otoño ha caído sobre los árboles del parque del Salón como una ventolera de reflejos dorados y es tierno y confortable bajo los pies el leve crujido de las hojas secas. Si yo fuera romántico –que lo soy– me dejaría arrastrar por los recuerdos hasta ese desván que es melancolía, del que huye, con poca fortuna a veces, mi talante racionalista.

Medio siglo hace ya que mis errabundos pasos me llevaron a vivir en la avenida de Cervantes, con lo que las idas y venidas al cercano centro de la ciudad pasaban necesariamente por lo que entonces era el kiosco de ‘Las Titas’. Mejor dicho, los kioscos; porque eran dos, contiguos, y andaban siempre a la gresca. Parece ser que el propietario de tan honrosa denominación era sólo uno de ellos, que menospreciaba al advenedizo que compartía con él el espacio dedicado a terraza de bar. Hasta tal punto, que puso un le-

tero en su modesto frontispicio que decía: «Éste es el auténtico Kiosko de Las Titas».

Su situación era –sigue siendo– estratégica: en la confluencia de los paseos del Salón y de La Bomba y a la salida de la pasarela llamada ‘de las Brujas’ que cruza el río Genil hacia el colegio del Sagrado Corazón. A la vera de los kioscos y en la misma entrada de esta pasarela plantaba por aquel entonces su hornillón de bolas un vejete que vendía ‘perdices’, como se llamaba a las patatas asadas.

El río, como era su obligación, un tormentoso día de 1963 se llevó el primitivo puente de 1908 en dirección al mar, que es el morir, como se sabe, aunque éste, retorcido y mustio, quedó varado sólo unos metros más abajo; era de hierro y la corriente consideró que ya había hecho bastante, dado que el transporte era gratis. La actual pasarela, que en 1966 sustituyó al puente, fue restaurada hace unos diez años con un forro de metacrilato por fuera y duelas de madera por dentro. Más que una pasarela parece el pasillo de un juzgado de primera instancia.

Poco después, los kioscos desaparecieron y fueron sustituidos por un edificio acristalado, de un estilo ecléctico de finales del die-

cinueve, que se destinó a pub-discooteca y fue reconvertido al poco tiempo en el restaurante-bar que hoy conocemos. Desde su terraza, frente al acostumbrado vermut de la casa, con unas aceitunas aliñadas, les estoy hablando de su pequeña historia. La Historia, con mayúscula, se nutre de estas pequeñas historias, que son las que la humanizan y acercan a los afanes cotidianos.

No le viene mal al lugar ese aire decadente de balneario decimonónico del edificio, rodeado de parterres con plantas y flores, entre celindos y naranjos amargos. Todo bajo la sombra de los abetos, cedros y palmeras, entre los que se cuele un sol de tapadillo que templó un poco el fresco que se deja caer de la sierra. Es como una sensación de que ya el invierno está rompiendo sus diques y amenaza con inundarnos.

Hoy me siento ligeramente cansado; pero colaboran a mi descanso en la terraza, entre otros, Antonio, desde la barra, un profesional como la copa de tres o cuatro pinos, la atenta bonhomía de Juanjo y Sofí, cuya graciosa coleta alegra las pajarillas de los parroquianos con su meneo pizpireto. Me siento algo cansado, sí, pero con la conciencia de que vivir es más importante que estar vivo.